

puesta en el hueco de una ventana, donde la multitud podía verlas y oírles, haciéndoles gritar: *¡Viva la nación!* Un aplauso general acogió esta exclamación.

Los dos ujieres de la cámara del rey, Sallas y Marchais, que podían evadirse entregando la puerta, murieron por obedecer á su juramento. Se pusieron los sombreros, y sacando las espadas, dijeron á los marseleses: «Aquí es nuestro puesto; queremos morir en el umbral que hemos jurado defender». El ujier de la cámara de la reina, llamado Diet, quedó solo, como centinela generoso, á la entrada de la habitación en donde se habían refugiado las mujeres, y sucumbió defendiéndolas. Su cadáver, atravesado en la puerta, sirvió aún de defensa á las damas. La princesa de Tarento, que oyó caer á este último y leal defensor, fué á abrir por sí misma la puerta á los marseleses. Su jefe, admirado de la presencia de espíritu y de la dignidad de esta mujer enfrente de la muerte, contuvo un momento á su tropa; la princesa, llevando de la mano á la jóven y bella Paulina de Tourzel, confiada á ella por su madre, dijo al marseles: «Heridme, pero salvad el honor y la vida de esta jóven. Es un depósito que he jurado devolver á su madre. Volvedle su hija, y tomad mi sangre».

Los marseleses, enternecidos, respetaron y salvaron á estas mujeres, ayudándoles á saltar por encima de los cadáveres que yacían en las antecámaras y corredores.

Algunos hombres del pueblo, al saquear los aposentos, habían roto las fuentes de mármol de los baños de la reina. El agua mezclada con la sangre inundaba el suelo, tiñendo de rojo los piés y los bajos de los vestidos de estas fugitivas, que fueron confiadas á dos hombres del pueblo que las condujeron furtivamente á lo largo del río por debajo del dique hasta el puente de Luis XVI, dejándolas en seguridad con sus familias.

## X

La persecución de las víctimas que trataban de libertarse de la muerte duró tres horas. Las cuevas, las cocinas, los subterráneos, los pasos secretos y áun los tejados goteaban sangre. Algunos suizos que se habían ocultado en las caballerizas, dentro de montones de yerba, fueron ahogados por el humo ó quemados vivos. El pueblo quería hacer una inmensa hoguera de las Tullerías. Ya las caballerizas, los cuerpos de guardia y los edificios que rodeaban los patios estaban ardiendo; várias hogueras formadas con los muebles, los cuadros, las estampas y los libros de los cortesanos que vivían en el palacio ardían en el Carrousel; pero unas diputaciones de la Asamblea y del ayuntamiento preservaron con trabajo el Louvre y las Tullerías de un incendio. Parecía al pueblo que si dejaba en pié estos edificios, tarde ó temprano le devolverían el despotismo, y que sería un remordimiento de su esclavitud que se elevaría siempre delante de él. Quiso destruirlo para que un nuevo trono no tuviese un punto de apoyo en la ciudad de la libertad. No pudiendo incendiar las piedras, se vengó en los hombres. Todos los ciudadanos de una adhesión notoria á la corte ó sospechosos de compadecer la caída del rey que se encontraron y fueron reconocidos, cayeron asesinados á sus golpes. La más inocente y la más ilustre de estas víctimas fué Mr. de Clermont-Tonnerre.

Siendo uno de los primeros apóstoles de la reforma política, aristócrata popular y orador elocuente de la Asamblea constituyente, no traspasó en la revolución los límites de la monarquía, queriendo únicamente el equilibrio ideal de los tres poderes, cuya quimera veía realizada en la Constitución británica. La revolución, que no quería equilibrar, sino cambiar los poderes, le había rechazado, así como se había adelantado á Mounier, á Malouet y al mismo Mirabeau. Ella le aborrecía



Matanza en las habitaciones de las Tullerías.—520.

tanto cuanto más había esperado de él. Cuando los principios se truecan en furor, la moderación se cambia en traición. Mr. de Clermont-Tonnerre fué acusado en la mañana del 10 de Agosto de tener un depósito de armas en su casa. Un grupo considerable rodeó su casa y le condujo á la sección de la Cruz Roja, para dar cuenta de las asechanzas que tendía al pueblo. Su habitación, registrada por aquellas gentes, le sirvió de disculpa. El pueblo, desengañado por la voz de un hombre honrado, pasa pronto de la injusticia al favor; así que aquella turba aplaudió al acusado y le recondujo en triunfo á su casa. Pero los sicarios á quienes una mano invisible había designado la víctima se estremecieron al verle escapar. Un criado á quien había despedido provocó contra su antiguo amo una reunión de furiosos. En vano Mr. de Clermont-Tonnerre, subido en un guardacanton, arengó con san-

gre fría á sus asesinos: un tiro que recibió en la cara ahogó su voz en sangre. Precipitase entónces en una fonda de la calle de Vaugirad y sube hasta el cuarto piso por salvar su vida; pero sus asesinos le persiguen y le degüellan en la escalera, le arrastran por la calle, y luégo entregan á sus consternados amigos el ensangrentado cadáver, desfigurado, mutilado y despedazado por las armas innobles que desfiguran todo lo que matan. Su jóven esposa no reconoció el cuerpo de su marido sino por su traje.

Apénas terminado el combate, Westermann, cubierto de polvo y sangre, fué á recibir en casa de Danton las felicitaciones de su triunfo. Iba acompañado de algunos de los héroes de esta jornada. Danton le abrazó. Brune, Robert, Camilo Desmoulins, Marat y Fabre d'Eglantine se apresuraron tambien unos despues de otros á estrechar entre sus brazos á su jefe y á recibir nuevas instrucciones para la noche. Las mujeres lloraron de alegría viendo vencedores á sus maridos, cuando los creían víctimas del cañon de los suizos. Danton parecia pensativo, y cualquiera hubiera dicho que, aturdido y aún arrepentido de la victoria, dudaba aún por cuál de dos partidos se decidiria; pero era uno de esos hombres que no dudan mucho tiempo, ni dejan su decision á los acontecimientos. Su fortuna empezaba en este dia: al siguiente fué ministro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## ÍNDICE.

### LIBRO PRIMERO.

Introduccion.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.—Situacion de la Asamblea nacional en 1791.—Aparicion de la idea democrática.—Punto de partida de la revolucion.—Partidos.—Jefes principales.—Retratos de Luis XVI y de Maria Antonieta.—Malouet, Clermont-Tonnerre, el abate Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Petion.—Sociedades populares.—Retrato de Lafayette. . . . . 1

### LIBRO SEGUNDO.

La Asamblea nacional trata de disolverse.—Aumento de periódicos.—Negociaciones de los hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos de evasion del rey y de la familia real.—Fuga del rey.—Es conocido en Chalons y en Saint-Menehould.—Es detenido en Varennes y conducido á Paris.—Pónenle preso en las Tullerías. . . . . 36

### LIBRO TERCERO.

Actitud de la Asamblea nacional.—Barnave se pasa al partido monárquico con Duport y los Lameth.—El lado derecho resuelve no mezclarse en nada en la Asamblea.—Discútese en la misma la evasion del rey.—La inviolabilidad de éste es reconocida.—Los clubs y la prensa precipitan la marcha de la revolucion.—Hombres influyentes del periodismo: Loustalot, Camilo Desmoulins, Marat, Brissot.—Empieza el pueblo á pedir la abolicion del trono y el establecimiento de la república.—Petition del Campo de Marte.—Lafayette y Bailly rechazan á los facciosos á viva fuerza.—Debilidad de la Asamblea.—Retratos de Condorcet, de Danton y de Brissot. . . . . 84

### LIBRO CUARTO.

Diputacion de la Gironda.—Agitacion de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslacion de las cenizas de Voltaire al Panteon.—Juicio critico de sus obras y de su carácter.—Revision de la Constitucion por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitucion. . . . . 119

### LIBRO QUINTO.

Estado de Europa.—Las potencias empiezan á conmoverse.—El ejército de los principes franceses en Coblentza.—Conferencias de Pilitz.—Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucio-